

OBJETIVOS DEL DÍA “PRO ORANTIBUS”

- 1. Oración a favor de los religiosos y religiosas de vida contemplativa, como expresión de reconocimiento, estima y gratitud por lo que representan ellos y ellas, y el rico patrimonio espiritual de sus institutos en la Iglesia.**
- 2. Catequesis para dar a conocer la vocación específicamente contemplativa, tan actual y tan necesaria en la Iglesia.**
- 3. Iniciativas pastorales dirigidas a promover la vida de oración y la dimensión contemplativa en las iglesias particulares; dando ocasión a los fieles, donde sea posible, para que participen en las celebraciones litúrgicas de algún monasterio, salvaguardando, en todo caso, las debidas exigencias y las leyes de la clausura.**

**Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada
c/ Añastro, 1 · 28033 Madrid Tel. 913439652**

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA



Testigos transfigurantes de la Presencia de Dios

Lo que menos acepta el corazón del hombre es el aislamiento, una vida lejos de la compañía que nos arranca la condición solitaria. Lo decía nada menos que el relato de la creación, cuando Dios juzgó que el aislamiento solitario no era algo bueno para el hombre, en definitiva porque tampoco Él es soledad, sino comunión trinitaria.

Así los diferentes carismas que a través del tiempo Dios ha ido suscitando en la Iglesia, cada uno rememora y refleja esa Belleza y Bondad en que consiste su misma esencia divina. Algunos señalan una apasionada vocación: recordar la presencia de quien siempre nos acompaña, y acompañar con amor a quien se ha hecho nuestra mejor compañía.

Lo decía el Papa Benedicto XVI en la homilía de la Misa de inauguración de su ministerio petrino como Obispo de Roma: los consagrados son los testigos transfigurantes de la presencia de Cristo. Es una hermosa llamada a colocarnos en ese lugar: que la vida se haga transfiguración de Otro, que la vida se haga Tabor, que la vida se haga Eucaristía.

A través de los siglos, las diversas familias monásticas han recordado al resto del Pueblo de Dios que hay una palabra por antonomasia que es preciso escuchar, y que hay una presencia por excelencia que debemos siempre adorar. La Palabra y la Presencia del Dios-con-nosotros han despertado en tantos hombres y mujeres una adhesión que ha henchido de belleza y de libertad su entrega. Esa Palabra ha llenado el silencio con una voz inconfundible, y esa Presencia ha colmado la soledad con una plenitud inmerecida.

Si la fidelidad de quien prometió estar con nosotros todos los días hasta el final del tiempo se nos ha hecho Eucaristía, la vocación contemplativa de nuestros hermanos y hermanas en los diversos carismas monásticos les convierte en los testigos de esa transfiguración: de tanto escuchar y adorar la Eucaristía, son ellos también transfigurados por esta Presencia de Jesús.

“Quédate con nosotros”, le dijeron los dos de Emaús. Y de pronto se les abrieron los ojos al verle partir el Pan y reconocieron cómo les ardía el corazón ante las Palabras del Maestro. Necesitamos en los mil caminos de nuestras fugas taciturnas, de nuestras inhibiciones cómodas, de nuestras evasiones irresponsables, el testimonio de estos hermanos monjes y monjas que pueden contarnos lo que les ha sucedido a ellos por el camino claustral. Y nos darán el más precioso testimonio de su encuentro eucarístico con Jesús, para que también a nosotros nos sea devuelta la luz en los ojos y nos vuelva a latir el corazón con el mismísimo fuego de Dios.

† Jesús Sanz Montes, ofm

Obispo de Huesca y de Jaca

Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

SUBSIDIO LITÚRGICO

MONICIÓN DE ENTRADA

Hoy celebramos en toda la Iglesia la fiesta solemne de la Santísima Trinidad, confesión de nuestro Credo en que se fundamenta toda la vida cristiana. Dios se hace cercano al revelárenos en la presencia eucarística, misterio de fe y misterio de luz en la vida de la Iglesia.

En este marco litúrgico, hoy tenemos un recuerdo particular por quienes en la Iglesia han sido llamados a la Vida consagrada contemplativa. Los monjes y las monjas ofrecen a la Comunidad cristiana y al mundo de hoy, necesitado más que nunca de auténticos valores espirituales, un anuncio silencioso y un testimonio humilde del misterio trinitario. Ellos sirven al Reino por medio de la alabanza, la adoración, la súplica, la intercesión, el amor; acogiendo y ofreciendo todo al Padre, unidos a la infinita acción de gracias del Hijo y colaborando en la obra del Espíritu del Señor.

Con su existencia, totalmente entregada en lo escondido, nos invitan a reconocer el valor de la oración y muy especialmente de la adoración eucarística, y nos invitan a dar gracias por el don inestimable de la Presencia real de Jesucristo en el Sacramento.

PRECES

[A las preces completas de la Solemnidad, se propone añadir estas tres específicas]

- Por los monjes y monjas contemplativos, para que el vigor de su vida espiritual, consagrada a Dios en lo escondido de sus monasterios, ponga de manifiesto ante el mundo el valor de la oración y de la devoción eucarística. *Oremos.*
- Por todos los jóvenes, para que respondan generosamente a la llamada de Cristo acogiendo en su corazón la radicalidad del mensaje evangélico y consagren su vida al Amor divino. *Oremos.*
- Por quienes estamos participando en esta celebración, para que nuestro testimonio de vida evangélica, según el propio carisma, sea un estímulo a vivir, a imagen de la Trinidad, en la unidad que Jesús ha querido y ha suplicado al Padre para todos sus discípulos. *Oremos.*

MONICIÓN DE ENVÍO

Con gozo hemos celebrado los misterios de nuestra fe. Como pueblo de Dios convocado a edificar su Reino, nos unimos a todos los hermanos y hermanas que viven en contemplación, desde el silencio y soledad de sus monasterios, damos gracias a la Santísima Trinidad por el don de sus vocaciones, y junto con ellos avivamos en nosotros el deseo de vivir en esa santidad y comunión de amor, que haga visible la presencia de Dios en el mundo.

Que la Virgen María, «mujer eucarística», nos guíe y acompañe.

UN TESTIMONIO PARA LA MEDITACIÓN Y LA VIDA

La presencia silenciosa de Jesús eucaristía

En esta jornada queremos reflexionar sobre nuestra fe en la presencia eucarística y sobre el valor de la oración en lo escondido. Vamos a hacerlo desde el testimonio del ya fallecido Card. François Xavier Nguyễn Van Thuân, quien estuvo encarcelado por el gobierno comunista durante trece años, cuando era arzobispo de Ho Chi Minh (la antigua Saigón). Su actitud interior, los signos externos que acompañaron esta actitud y los frutos con que la Providencia le colmó, son sumamente significativos de lo que implica vivir eucarísticamente.

Así lo narró él mismo durante la meditación predicada al Papa y sus colaboradores el 16 de marzo de 2000:

«Cuando me encarcelaron en 1975 me vino una pregunta angustiada: “¿Podré celebrar la Eucaristía?”.

Dado que al ser detenido no le permitieron llevarse ninguno de sus objetos personales, al día siguiente le permitieron escribir a su familia para pedir bienes de primera necesidad: ropa, pasta dental, etc. “Por favor, envíadme algo de vino, como medicina para el dolor de estómago”. Los fieles entendieron muy bien lo que quería y le mandaron una botella pequeña de vino con una etiqueta que decía: “Medicina para el dolor de estómago”. Entre la ropa escondieron también algunas hostias. La policía le preguntó: “¿Le duele el estómago?”. “Sí”, respondió monseñor Van Thuân, quien entonces era arzobispo de Saigón. “Aquí tiene su medicina”.

“No podré expresar nunca mi alegría: celebré cada día la Misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano. Cada día pude arrodillarme ante la Cruz con Jesús, beber con él su cáliz más amargo. Cada día, al recitar la consagración, confirmé con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto, un pacto eterno entre Jesús y yo, a través de su sangre mezclada con la mía. Fueron las Misas más bellas de mi vida”.

Más tarde, cuando le internaron en un campo de reeducación, al arzobispo le metieron en un grupo de cincuenta detenidos. Dormían en una cama común. Cada uno tenía derecho a cincuenta centímetros. “Nos las arreglamos para que a mi lado estuvieran cinco católicos — cuenta—. A las 21.30 se apagaban las luces y todos tenían que dormir. En la cama, yo celebraba la Misa de memoria y distribuía la comunión pasando la mano por debajo del mosquitero. Hacíamos sobres con papel de cigarro para conservar el Santísimo Sacramento. Llevaba siempre a Cristo Eucaristía en el bolsillo de la camisa”.

Dado que todas las semanas tenía lugar una sesión de adoctrinamiento en la que participaban todos los grupos de cincuenta personas que componían el campo de reeducación, el arzobispo aprovechaba los momentos de pausa para pasar con la ayuda de sus compañeros católicos la Eucaristía a los otros cuatro grupos de prisioneros. “Todos sabían que Jesús estaba con ellos, y él cura todos los sufrimientos físicos y mentales. De noche, los prisioneros se turnaban en momentos de adoración; Jesús Eucaristía ayuda de manera inimaginable con su presencia silenciosa: muchos cristianos volvieron a creer con entusiasmo; su testimonio de servicio y de amor tuvo un

¹ Este relato está recogido en L. GROSSO, *La eucaristía, centro de la vida de comunidad*, Cuadernos CONFER nº 20, Conferencia Española de Religiosos, Madrid 2000.

impacto cada vez mayor en los demás prisioneros; incluso algunos budistas y no cristianos abrazaron la fe. La fuerza de Jesús es irresistible. La oscuridad de la cárcel se convirtió en luz pascual”.

“Jesús comenzó una revolución en la cruz. La revolución de la civilización del amor tiene que comenzar en la Eucaristía y desde aquí tiene que ser impulsada”».

De esta extraordinaria experiencia recogemos la lección viva del valor de la devoción eucarística, más allá de las condiciones materiales en que nos encontramos. Hacer de nuestra vida un acto de adoración: ¿con qué actitud?, ¿con qué signos?, ¿qué frutos se producen?

La actitud interior:

- ◇ Sed de Dios, deseo de su presencia, conciencia clara de que es lo más importante, la vida: «una pregunta angustiada: «¿Podré celebrar la Eucaristía?»».
- ◇ Gozo del espíritu: «No podré expresar nunca mi alegría: celebré cada día la Misa con tres gotas de vino y una de agua en la palma de la mano».
- ◇ Adoración: «Cada día pude arrodillarme ante la Cruz con Jesús».
- ◇ Corredención: «beber con él su cáliz más amargo. Cada día, al recitar la consagración».
- ◇ Consagración: «confirmé con todo mi corazón y con toda mi alma un nuevo pacto».

Los signos externos:

- ◇ No hay impedimentos que no supere el amor: «En la cama, yo celebraba la Misa de memoria y distribuía la comunión pasando la mano por debajo del mosquitero».
- ◇ Ternura hacia Cristo y confianza en su cercanía: «Llevaba siempre a Cristo Eucaristía en el bolsillo de la camisa».
- ◇ Audacia en la transmisión de la fe: «pasar con la ayuda de sus compañeros católicos la Eucaristía a los otros cuatro grupos de prisioneros».

Los frutos:

- ◇ Conciencia comunitaria de la presencia de Dios entre nosotros: «Todos sabían que Jesús estaba con ellos, y él cura todos los sufrimientos físicos y mentales».
- ◇ Adoración colegial: «momentos de adoración».
- ◇ Dejamos que Dios actúe: «Jesús Eucaristía ayuda de manera inimaginable con su presencia silenciosa».
- ◇ Crecimiento en la vida cristiana: «muchos cristianos volvieron a creer con entusiasmo».
- ◇ Un testimonio que se contagia: «su testimonio de servicio y de amor tuvo un impacto cada vez mayor en los demás prisioneros».
- ◇ Lleva a la conversión: «incluso algunos budistas y no cristianos abrazaron la fe»
- ◇ La fuerza que se manifiesta en nuestra debilidad: «La fuerza de Jesús es irresistible».
- ◇ El milagro: «La oscuridad de la cárcel se convirtió en luz pascual».
- ◇ Creer en la revolución del amor eucarístico: «La revolución de la civilización del amor tiene que comenzar en la Eucaristía y desde aquí tiene que ser impulsada».

REFLEXIÓN

«Estar ante Jesús Eucaristía, aprovechar, en cierto sentido, nuestras «soledades» para llenarlas de esta Presencia, significa dar a nuestra consagración todo el calor de la intimidad con Cristo, el cual llena de gozo y sentido nuestra vida». Estas palabras escritas por SS Juan Pablo II desde el Policlínico Gemelli de Roma, el pasado 13 de marzo son un magnífico frontispicio para la reflexión sobre el lema que nos convoca en la Jornada Pro Orantibus de 2005: «Presencia en lo escondido. El monacato, una vida eucarística», lema con el que acogemos el espíritu de este año eucarístico, uniendo al significado de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, el de otra forma de presencia escondida pero eficaz: la oración y la vida de los monjes y las monjas de clausura.

La celebración de este «Año de la Eucaristía» en el que nos encontramos, es una invitación a contemplar más asiduamente el rostro del Verbo encarnado, realmente presente en el Sacramento, a ejercitarnos en el *arte de la oración* y tender al *alto grado de la vida cristiana*, la santidad, lo que es condición indispensable para desarrollar de modo eficaz la *nueva evangelización*². Los monjes y las monjas, con su vida de adoración eucarística en el seno de la Iglesia, son testimonio de este «asombro» eucarístico que les lleva a contemplar el rostro de Cristo como programa de la propia existencia. «Contemplar a Cristo –nos enseñaba SS Juan Pablo II– implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el Sacramento vivo de su cuerpo y de su sangre. *La Iglesia vive del Cristo eucarístico*, de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, “misterio de luz”. Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: “Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron” (*Lc 24, 31*)»

La representación sacramental en la Santa Misa del sacrificio de Cristo, coronado por su resurrección, implica una presencia muy especial que –citando las palabras de Pablo VI en su encíclica sobre la doctrina y el culto de la Santísima Eucaristía– «se llama “real”, no por exclusión, como si las otras no fueran “reales”, sino por antonomasia, porque es sustancial, ya que por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro» .

El propio Pablo VI quiso expresar el significado profundo de la presencia eucarística con esta hermosa oración:

«Jesús, Tú te haces nuestro: ¿cómo y por qué?
Nos atraes hacia Ti presente,
presente de una forma misteriosa, sí,
pero no más misteriosa que la del pensamiento presente en la voz
y la de la voz presente en el ánimo del auditorio;
única en sí y tan multiplicada cuantos son los presentes que la oyen.

² Cf. JUAN PABLO II, *Ángelus*, Roma, 13 de junio de 2004, 2.

³ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, Roma, 17 de abril de 2003, 6.

⁴ PABLO VI, *Mysterium Fidei*, 3 de septiembre de 1965, 40. Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, Roma, 17 de abril de 2003, 15.

Presente, como el singular peregrino de Emaús,
que alcanza, se acerca, acompaña, adoctrina y conforta
a los desconsolados viandantes
en el atardecer de las esperanzas perdidas.

Presente en el silencio y en la pasividad de los signos sacramentales,
como si quisieras a un tiempo ocultar y revelar todo su ser,
de modo que sólo el que cree comprende,
y a un tiempo poner el abrigo y ofrecer todo su ser,
de modo que sólo el que ama pueda de verdad recibir...»

Que esta Jornada que hoy celebramos nos recuerde que todos estamos convocados a vivir una existencia «eucarística» aprendida de la Virgen María, «mujer eucarística». Ella es la gran maestra. «¿Quién puede hacernos gustar la grandeza del misterio eucarístico mejor que María? Nadie cómo ella puede enseñarnos con qué fervor se han de celebrar los santos Misterios y cómo hemos estar en compañía de su Hijo escondido bajo las especies eucarísticas.» A Ella nos encomendamos.

Lourdes Grosso García, m.id
Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal
para la Vida Consagrada

«Quien ha sido llamado a elegir a Cristo como único sentido de su vida en la profesión de los consejos evangélicos, ¿cómo podría no desear instaurar con Él una comunión cada vez más íntima mediante la participación diaria en el Sacramento que lo hace presente, en el sacrificio que actualiza su entrega de amor en el Gólgota, en el banquete que alimenta y sostiene al Pueblo de Dios peregrino? Por su naturaleza la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a Él en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu».
(*Vita consecrata*, 95)

«En la espera vigilante de la venida del Señor, la clausura se convierte así en una respuesta al amor absoluto de Dios por su criatura y el cumplimiento de su eterno deseo de acogerla en el misterio de intimidad con el Verbo, que se ha hecho don esponsal en la Eucaristía y permanece en el sagrario como centro de la plena comunión de amor con Él, recogiendo toda la vida de la monja para ofrecerla continuamente al Padre (cf. Hb 7, 25). Al don de Cristo-Esposo, que en la Cruz ofreció todo su cuerpo, la monja responde de igual modo con el don del “cuerpo”, ofreciéndose con Jesucristo al Padre y colaborando en la obra de la Redención. De esta forma, la separación del mundo da a toda la vida de clausura un valor eucarístico, “además del aspecto de sacrificio y de expiación, adquiere la dimensión de la acción de gracias al Padre, participando de la acción de gracias del Hijo predilecto”».
(*Verbi Sponsa*, 3)

⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, Roma, 17 de abril de 2003, 53-58.

⁶ JUAN PABLO II, *Carta a los Sacerdotes para el Jueves Santo de 2005*, Roma, 13 de marzo de 2005, 8.